

DOS SIGLOS DE EXPERIENCIA MIGRATORIA: ARGENTINA Y ESPAÑA A LA LUZ DEL BICENTENARIO¹

Blanca Sánchez-Alonso
Dpto. de Teoría Económica e Historia
Universidad San Pablo-CEU

Publicado en: Ezequiel Gallo e Inés Viñuales (coord.), *Las dos veredas de la historia: Argentina y España, 1810-1910*, Buenos Aires, Edhasa, 2010, pp. 17-31

Si nos situamos a la altura del Centenario de la Independencia, nada hay más opuesto a la situación de 1910 que la posición de España y Argentina en el terreno de las migraciones. En el centenario, la República atraía a miles de inmigrantes (europeos en su mayoría), mientras que en el Bicentenario, es Europa la que recibe a millones de trabajadores de fuera de sus fronteras. En concreto, en 1910, llegaron a Argentina unos 300.000 inmigrantes. De los que arribaron ese año a la República Argentina 100.000 eran italianos y más de 130.000 españoles. Los españoles fueron la nacionalidad más numerosa de los extranjeros que llegaron ese año, pero no eran los más numerosos de entre los residentes extranjeros en la Argentina donde eran superados por los italianos. En la conmemoración del Bicentenario, España se ha convertido en uno de los principales países de inmigración en Europa con un crecimiento acelerado de la llegada de extranjeros en los últimos 15 años. En el Centenario, cerca del 30% de la población argentina era extranjera, frente a solo en torno a un 10 % de extranjeros que viven en España en vísperas del Bicentenario (unos 87.000 son argentinos, un grupo minoritario frente a las mayorías de ecuatorianos, colombianos, rumanos o marroquíes). También,

¹ El presente texto resume diversos trabajos de la autora, entre los que cabe destacar: “La inmigración española en Argentina, 1880-1914: capital humano y familia” en C. E. Lida y J. A. Piqueras (comps.), *Impulsos e inercias del cambio económico. Ensayos en honor a Nicolás Sánchez-Albornoz*, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2004; “Those Who Left and Those Who Stayed Behind: Explaining Emigration from the Regions of Spain, 1880-1914” *Journal of Economic History*, 60, 3, 2000; *Las causas de la emigración española, 1880-1930*, Madrid, Alianza Editorial, 1995; *La inmigración española en Argentina. Siglos XIX y XX*, Gijón, Editorial Júcar, 1992

en este segundo centenario las diferencias entre las dos sociedades desde el punto de vista de la estructura de la población son notables: la población argentina de 1910 era joven en el sentido literal de la palabra: casi un 70% se concentraba en el grupo de edad de 15 a 64 años, mientras que el rasgo demográfico más característico de la España actual es un envejecimiento preocupante de la población.

Sin embargo, dedicaré este comentario a señalar problemas comunes a dos sociedades que, aún en fechas tan lejanas en el tiempo se enfrentan al mismo fenómeno de inmigración. El análisis de largo plazo muestra como no hay nada nuevo en las migraciones internacionales ni en sus variables explicativas fundamentales ni en los motivos que explican la decisión de emigrar. La gran novedad de la segunda mitad del siglo XX y, en concreto, de las últimas décadas es la consolidación de políticas migratorias restrictivas en todos los países avanzados.

El texto está organizado en torno a cuatro grandes ideas que sobrevolaban a la sociedad argentina del Centenario y que están presentes en la sociedad española casi cien años después. España en el espejo argentino. Se podían haber elegido muchas otras, pues son diversas las ideas globales, la mayoría de ellas desmentidas por los análisis rigurosos de la realidad, que calan en la opinión pública y se convierten de alguna manera en inamovibles. El propósito es enfrentar a dos sociedades donde la inmigración se recibe (y se recibió) con una mezcla de pasividad, recelo e ignorancia.

1. - Los inmigrantes son pobres y huyen de la miseria de sus países

Los historiadores sabemos hoy que no era la miseria absoluta la que impulsaba a emigrar a los españoles como los políticos y contemporáneos al fenómeno pensaron y que los individuos con menor nivel de renta, los verdaderamente pobres, no forman (ni formaron) el grueso de las corrientes migratorias. La miseria que empuja a los individuos a emigrar es relativa, es decir, la convicción de que en otro país y con otras circunstancias la situación individual y de la familia mejorará. El concepto científico que lo resume se llama “privación relativa”

Además, en términos individuales, emigrar es caro, no sólo por el coste del pasaje sino por los gastos de instalación y mantenimiento durante el periodo de búsqueda de empleo (sin entrar en los costes emocionales y afectivos). La emigración es una decisión que aunque afecte a un individuo se toma en el seno de una familia: es la familia la que reúne fondos (hipoteca, vende, pide prestado...) para financiar la salida.

Por lo tanto, y dicho de manera coloquial: “algo hay que tener para financiar la emigración”. En las provincias del Norte de España, este proceso aparece claro y para la emigración histórica del siglo XIX el caso de Andalucía es el que mejor resume esta aparente paradoja. Las provincias andaluzas no participaron de manera masiva en las migraciones americanas; por el contrario, irrumpen con fuerza en la emigración española del siglo XX a Europa. De la misma manera en que se financia en la actualidad la inmigración que llega a España se financió la emigración de los españoles a la Argentina de finales del siglo XIX y XX. Existen multitud de testimonios en Galicia, Asturias, Cataluña y el País Vasco, sobre hipotecas de parte de la propiedad familiar y de ayudas familiares para financiar la emigración. De hecho, en España, cuando la renta per capita creció a partir de los primeros años del siglo XX, la emigración creció también y, viceversa, una de las causas de los relativamente bajos niveles emigratorios en la España de finales del siglo XIX eran los bajos niveles de renta. La misma asociación la encontramos a nivel provincial: en vísperas de la primera guerra mundial: en aquellas provincias donde los salarios habían aumentado en el pasado, la emigración era mayor pues un mayor grupo de población podía afrontar los costes de la emigración. El cónsul argentino en Villagarcía afirmaba en 1884 que “me consta haber muchas familias que emigrarían si tuviesen los recursos necesario para ello, pero que dejan de hacerlo por carecer de ellos” y por las mismas fechas el cónsul argentino en Barcelona señalaba que entre las causas que impedían que hubiese una mayor emigración en España había que mencionar “como primera y principal, la carestía del pasaje que las empresas de vapores han acordado sostener en perjuicio del país y de sus mal entendidos intereses”.

La importancia de la tradición migratoria en la continuidad y consolidación de determinadas corrientes migratorias se confirma totalmente para el caso español. Todas las opiniones de los contemporáneos incidían sobre el papel de la familia y amigos en el desarrollo de la emigración. Gallegos, asturianos, vascos y catalanes eran los grupos regionales más importantes en Buenos Aires en 1855 y esto se refleja en las pautas de emigración provinciales posteriores.

Los historiadores han demostrado que la mayor parte de los emigrantes españoles de principios del siglo XX conocían perfectamente su lugar de destino y las posibilidades de empleo. El fenómeno se conoce como “cadenas migratorias” o efecto “familia-amigos” que informan al que quiere partir, y ayudan y buscan empleo al recién llegado. La mayoría de los inmigrantes en la España actual, incluso los detenidos en el

Estrecho o Canarias, declaran conocer a alguien en España y tienen números de teléfono de parientes y amigos ya residentes. En términos históricos, el mecanismo que alimenta las corrientes migratorias en el tiempo y que funcionó en la Argentina del Centenario lo constituyen dos elementos: los que ya han emigrado, que son la fuente más fiable de transmitir información a los potenciales emigrantes, y la existencia de demanda de mano de obra no cualificada. Y de la misma manera en que se auto-alimentó la corriente inmigratoria española a la Argentina, por el efecto de cadenas migratorias, redes, remesas, billetes pre-pagados.... se ha producido la consolidación de redes y flujos de inmigrantes en la España actual.

2. - La mayoría de los inmigrantes son analfabetos

Es esta una idea que estuvo muy presente en la España emigrante a Argentina a comienzos del siglo XX. Como escribía un contemporáneo: “Yo bien se que la inmensa mayoría de nuestros agricultores, que son los que proporcionan mayor contingente emigratorio, es analfabeta, y los pocos que saben leer nunca cogen un periódico”.

La investigación histórica ha puesto de manifiesto que los emigrantes españoles no eran tan ignorantes ni analfabetos como los políticos y contemporáneos pensaban. Tampoco parece ser cierto el tópico de que el atraso de los emigrantes españoles motivase que los españoles fracasaran en los países de destino, aunque el término “fracaso” aplicado a la emigración es muy difícil de analizar: habría que conocer cuáles eran, y son, los objetivos de los emigrantes para ver si fracasaron o no en la consecución de esos objetivos.

De acuerdo con el censo argentino de 1914, sólo el 26 por ciento de los españoles mayores de 7 años que residía en ese país eran analfabetos (el porcentaje se reducía al 19 por ciento en la ciudad de Buenos Aires) en contraste con el 50 por ciento de la población española de esa edad según el censo de 1910. Esta es, además, una tendencia general de la emigración española a América Latina. Se podría plantear que Argentina atrajo inmigrantes más alfabetizados que Brasil o Cuba, puesto que era una economía más diversificada, pero de acuerdo con los datos cubanos, más del 80 por ciento de los inmigrantes españoles llegados a la isla entre 1903 y 1927 eran alfabetos y de los pocos españoles que emigraron a Estados Unidos en la década de 1890, el 90 por ciento estaba alfabetizado. Estos datos pueden sorprender, pero no son tan extraños si se comparan con las tasas de alfabetización de los potenciales emigrantes en las regiones

emisoras. Así, en Galicia en 1910 el 66 por ciento de los varones entre 16 y 20 años estaba alfabetizado y en Asturias, para el mismo grupo de edad, el porcentaje se elevaba al 80 por ciento. En diversos trabajos anteriores he contrastado para la emigración histórica española cómo los incrementos de alfabetización provinciales eran uno de los factores más importantes, junto con la tradición migratoria, para explicar las diferentes tasas de emigración provincial. No son por tanto los analfabetos los que más emigraron.

3. - Los inmigrantes son demasiados y hay que seleccionarlos

Este es uno de los grandes debates de la Argentina del Centenario. En la Europa actual (y España no es ajena a esta constante) la opinión pública de todos los países receptores de inmigrantes piensa, según las Encuestas más recientes, que los inmigrantes que reciben llegan en número excesivo, que hay que controlar las llegadas y que el Estado debe seleccionar aquellos que mejor se adapten a los mercados de trabajo, costumbres y valores de la sociedad receptora.

En torno al centenario se planteó en Argentina el mismo debate acerca de la inmigración excesiva y la necesidad de “seleccionar” a los inmigrantes según su capacidad de asimilación. En 1908 los políticos argentinos afirmaban que la inmigración “antes se trataba de obtenerla (...) ahora se trataría de evitar que resulte excesiva para la capacidad absorbente de nuestra colectividad y nada tendría de extraño que nos viéramos obligados a restringirla como lo han hecho los Estados Unidos”. Hubo también, igual que ahora, miedo a que la inmigración, especialmente la no cualificada, afectara a los niveles de empleo de la población: como escribía Alsina en la Argentina de 1903: “si la inmigración, particularmente la obrera, nos invade en alta cifra, imposibilita la ocupación del nativo”. Ya están olvidados los intentos en la primera etapa de la inmigración de recibir inmigrantes del norte de Europa, laboriosos, trabajadores y poseedores de una civilización superior. El fomentar esa inmigración del Norte de Europa obedecía a un claro propósito modernizador. Como escribía Sarmiento, (1884) la inmigración permitiría diluir la raza española, “raza de mente atrofiada que no da esperanzas de mejora”. Los tópicos que aparecen en la España inmigrante actual con relación a algunas nacionalidades aparecían en Argentina con relación a los españoles: según la memoria del Departamento General de Inmigración Argentino los españoles que llegaban presentaban “ un aspecto muy poco agradable tanto en el físico como en el aseo, mientras que los italianos son jóvenes, aseados y robustos” y se

distinguía también entre gallegos, catalanes y vascos “honrados y laboriosos” y los andaluces, todo el día de “jaleos, vinos, mujeres y guitarras”. Obviamente el que lo escribe, un descendiente de italianos, ensalza a continuación las virtudes de los italianos. La realidad de la Argentina de 1910 era de una inmigración masiva que generaba recelos y confusión en la sociedad receptora y, aunque los españoles y la corriente cultural del Hispanismo alcanzó su esplendor en esas fechas, muchos argentinos señalaban con claridad sus preferencias y, sobre todo, su temor a la cantidad de inmigrantes españoles: “Necesitamos ciertamente de la inmigración española pero dentro de los límites prudenciales y con aptitudes capaces de ser empleadas (...) si la afluencia de los inmigrantes españoles sigue acentuándose puede constituir un serio peligro”.

Con ninguna otra nacionalidad hubo un cambio tan dramático de percepción social como con los españoles. En 1810, durante las guerras de independencia, había sido el enemigo odiado; a mediados de siglo fueron inmigrantes no deseados y un siglo después, en los años de celebración del Centenario, las elites argentinas estaban orgullosas de exhibir a sus ancestros coloniales que les permitían diferenciarse de las nuevas clases medias y bajas urbanas formadas por inmigrantes de Europa oriental y el Medio Oriente. Así, comienzan a oírse voces críticas acerca de la falsedad del mito del inmigrante como agente civilizador, se subraya la inferioridad del extranjero con respecto a la superior civilización argentina (el pensamiento alberdiano a la inversa) y se adjudican a los inmigrantes europeos muchos de los problemas inherentes al proceso de modernización y crecimiento económico.

Con todo, y en contraste con lo que sucedió en los Estados Unidos desde finales del siglo XIX, los europeos del sur jamás encontraron una mentalidad hostil en Argentina. Al contrario; en vísperas de la primera guerra mundial aparecen como nacionalidades claramente preferibles a los “nuevos” inmigrantes de Rusia y la Europa del Este.

4. - Los inmigrantes vienen a hacer los trabajos que los nativos no quieren y tienen muy baja cualificación profesional

En la Argentina de finales del siglo XIX la escasez de mano de obra es absoluta, no es específica en determinados sectores, y por lo tanto no se puede afirmar que los inmigrantes españoles se dedicaran a oficios y profesiones que la mano de obra local no

estaba dispuesta hacer. Los mismos inmigrantes son los que forman la mano de obra local y por lo tanto ocupan toda una variedad de empleos y sectores.

¿Quiénes eran los españoles que llegaron a Argentina? ¿Qué cualificación tenían y qué profesiones desempeñaron?

En general, la emigración masculina constituía el 70 por ciento de la corriente emigratoria española entre 1880 y 1914, aunque la participación femenina creció a lo largo del tiempo, y particularmente a Argentina. La mayor parte de ellos estaban concentrados en grupos de edad jóvenes (entre 15 y 30 años), declaraban ser agricultores o jornaleros y viajaban solos. En los países de destino se concentraron, sin embargo, en los centros urbanos y se dedicaron a las profesiones más diversas: trabajos no cualificados o semicualificados del sector servicios y, sobre todo, al pequeño comercio. La *Cartilla del Emigrante*, publicada en 1910 recomendaba a los españoles no sólo ir a países de la América Hispana, sino dedicarse a los siguientes empleos: trabajador en el campo, dependiente en un comercio y servicio doméstico.

Y así fue: la mayoría de los inmigrantes españoles en Argentina se dedicaron a profesiones urbanas.

El conocimiento de los mercados de trabajo locales es intenso y así lo prueba el hecho de que la mayor parte de los españoles emigrantes se radicaron en zonas urbanas, allí donde se podía maximizar mejor el diferencial de salarios. Para muchos de ellos la emigración trasatlántica se convirtió en una verdadera emigración campo-ciudad, con la peculiaridad de que la ciudad en la que terminan no era Madrid o Barcelona, sino Buenos Aires, Rosario o Montevideo. Dos sectores aparecen como privilegiados por los inmigrantes españoles: el comercio y la hostelería (los trabajos relacionados con la construcción aparecen en tercer lugar). Dentro del comercio, el representante más típico del emigrante español es el dependiente y el llamado mozo de almacén. La figura del dependiente español aparece por toda la literatura y la imagería popular. La ventaja del idioma es evidente. Hubo también grandes comerciantes y propietarios de industrias, pero es el pequeño comercio urbano, (comercio al por menor) el sector mayoritario. La otra figura característica es el camarero en cafés, restaurantes y hoteles. Abundan también los oficios relacionados con la construcción: carpinteros, herreros, pintores... y en general profesiones poco o nada cualificadas como peones o estibadores del puerto. Para las mujeres solteras el servicio doméstico es la ocupación predominante y las casadas encontraron en las ciudades de destino toda una variedad de profesiones que

permitían compatibilizar el cuidado de la casa e hijos con la generación de ingresos: lavanderas, planchadoras, costureras, sombrereras....

A la altura del Centenario se percibe una preocupación en círculos argentinos por esa excesiva concentración de extranjeros en las ciudades, en especial en Buenos Aires, y en el hecho de que los inmigrantes se habían mostrado reacios a radicarse en las zonas rurales. Los inmigrantes habían contribuido a un aumento espectacular de trabajadores urbanos frente a las necesidades del campo argentino.

Hay distintas explicaciones de por qué los españoles no se dirigieron predominantemente a la agricultura: si la intención era el retorno tras la acumulación de ahorros esta estrategia eran más “fácil” en el sector urbano que en el rural. El rechazo a trabajar la tierra podría tener también origen en que ese era el sector que dejaban en España. La tradición colonial, cuando los españoles formaban parte de las elites urbanas y comerciales también se ha utilizado como explicación de esta preferencia por las ciudades, que es además general en todos los países a los que fueron los españoles. En Brasil, cuando terminaban los contratos del café se trasladaban a la ciudad. Otra razón esgrimida ha sido el tópico de los grupos privilegiados de grandes propietarios en Brasil, Argentina o Uruguay que controlaban grandes extensiones de tierra y no fueron partidarios de una política generosa de reparto de tierras al estilo de los Estados Unidos y Canadá. Pero esta idea ha sido muy matizada por la investigación. Cuando los españoles llegaron de forma masiva a Argentina y Uruguay la tierra estaba efectivamente repartida (excepto en zonas remotas como la Patagonia) y por lo tanto las posibilidades de comprar tierra eran muy inferiores a las que tuvieron los inmigrantes pioneros de mediados del siglo XIX. Muchos de los inmigrantes italianos sí se dirigieron al sector agrario en Argentina (hubo también bastantes españoles) pero lo hicieron bajo el sistema de aparcería que tiene indudables ventajas si el inmigrante, como solía suceder, llegaba con capital y escaso y absolutamente ignorante de técnicas de cultivo que le eran totalmente ajenas.

Puede que para muchos españoles el acceder a la propiedad de la tierra fuera el objetivo principal de su aventura migratoria, pero puede que para muchos otros, lo fuera el establecerse en la ciudad y lograr tener un comercio de su propiedad. ¿Cómo medir entonces el éxito?. Si la mayoría de los españoles llegó a Argentina en la época en que este era ya un país más urbano que rural, y se concentró en las ciudades, Buenos Aires sobre todo, dedicándose a actividades urbanas, parecería más lógico centrarse en el

estudio de los españoles en ese contexto, en comparación con grupos de inmigrantes que presenten cronologías de llegada similares.

Por otro lado, es indudable que la mayoría de los españoles en la Argentina urbana de 1910 presentaban un perfil profesional medio-bajo ¿Se puede afirmar, entonces, que se adaptaron peor al mercado de trabajo que otros grupos inmigrantes?. Si el grueso de la demanda de trabajo era de mano de obra no cualificada, ¿por qué suponemos que los trabajadores españoles, precisamente por su baja cualificación, tuvieron un éxito menor que otras nacionalidades? Una baja “capital-humano específico” otorgaría una enorme flexibilidad de adaptación a mercados de trabajo extranjeros. Hay profesiones no cualificadas, especialmente las femeninas, que no necesitan de ningún proceso de adaptación al mercado de trabajo receptor, es decir, son fácilmente transferibles y constituyen una ventaja considerable a la hora de encarar la experiencia migratoria.

Los españoles contaban con la ventaja del idioma y, como hemos visto, con una alfabetización más elevada. En su comparación con el grupo mayoritario en la Argentina del Centenario, los italianos, la imagen que se desprende de los trabajos existentes en la bibliografía sobre los inmigrantes en la Argentina es que los españoles tuvieron menos “éxito” que los italianos. ¿Fue por una baja cualificación profesional? ¿Por una estructura demográfica de la corriente inmigratoria más desfavorable, o simplemente, porque tuvieron una llegada más tardía y encontraron más “competencia” con otros grupos inmigrantes?

Unas tasas de alfabetización más elevadas que las de los inmigrantes italianos, la ventaja del idioma y una cualificación profesional bastante adaptable, a priori, al mercado de trabajo argentino, pudieron otorgar a los españoles ciertas ventajas. En contraposición, una llegada masiva más tardía y, sobre todo, una emigración de familias cada vez más numerosa conformó una estructura demográfica de la inmigración española caracterizada por unas tasas elevadas de dependencia, unas menores posibilidades de ahorro y cabe suponer que, en el largo plazo, unos “obstáculos” mayores a la hora de rentabilizar su experiencia migratoria. En otras palabras, aunque la emigración de familias supusiera un porcentaje pequeño del total de la inmigración española, el hecho de que en vísperas de la primera guerra mundial casi el 40 por ciento de los inmigrantes españoles llegara en forma de grupos familiares, contrapesó las ventajas derivadas de una dotación de capital humano bastante favorable. Además, las familias españolas son más numerosas que las llegadas a finales del siglo XIX y el

número medio de personas por familia es ligeramente superior al de los italianos (3,2 para las familias españolas frente a un 2,8 de las familias italianas).

La cronología de llegada es también un factor importante en un periodo histórico de fuertes cambios económicos y en la estructura ocupacional. El grupo italiano fue, con la excepción del periodo 1910-1913, mucho más numeroso que el español. En concreto, en los años ochenta y noventa del siglo XIX, los italianos sobrepasaban a los españoles de manera abrumadora, siendo la proporción en algunos años de 14 a 1. En la comparación de los dos grupos no se trata sólo del hecho de que los italianos fueran más numerosos, sino que, hasta 1900, su llegada es verdaderamente masiva comparada con la de los españoles. En otras palabras, los españoles llegaron más tarde y esto tendrá importantes consecuencias. Cuando se discuten aspectos comparativos de ambas corrientes inmigratorias, especialmente su inserción ocupacional en la sociedad argentina, se suele olvidar que, con independencia de la distinta cualificación profesional, no es lo mismo constituir el grupo mayoritario desde 1880, como les sucede a los italianos, que llegar a Argentina, de manera masiva, en la década anterior a la primera guerra mundial. Si, como parece lógico suponer, la movilidad ascendente ocupacional se incrementa con los años de estancia en el país, las comparaciones entre grupos de inmigrantes con distintas cronologías de llegada, puede ofrecer imágenes distorsionadas.

La lista de tópicos comunes a dos sociedades que, en diversos momentos de su historia, se ha convertido en sociedades de inmigración es larga. El presente texto ha pretendido, sin embargo, engarzar paralelismos entre la España actual y la Argentina del Centenario sin pretensión de forzar las comparaciones históricas. Más bien, el objeto de estas reflexiones ha sido mostrar, utilizando un ejemplo histórico como en toda realidad social existe un divorcio evidente entre las percepciones sociales que generan estos tópicos y el conocimiento científico producido por los especialistas. Sin llegar al extremo de nuestros antepasados que, en un desconcierto similar al de los españoles actuales, pensaban que la emigración producía “la sífilis y un incurable extravío mental” corremos el riesgo de volver a tener una imagen muy desenfocada de la inmigración donde predominan los tópicos, el desconocimiento y las visiones apocalípticas de un fenómeno que, sin duda, va a ocupar a la España del siglo XXI al igual que lo hizo para la Argentina del Centenario.

Para un país como España, de flaca memoria histórica, el presente debe ser valorado y analizado con relación a una historia migratoria que abarca los dos últimos siglos. En vísperas del Bicentenario cuando España es ya una nación de inmigrantes todavía reside en el extranjero en torno a un millón y medio de españoles, (1.4) la mayoría (863.000) en América, 670.000 en Europa y el resto en Australia, Oceanía, África y Asia. Por países, Argentina sigue ocupando el primer puesto en el ranking de españoles residentes en el exterior; hay, por tanto, muchas razones para mirarnos en el espejo histórico argentino.

Blanca Sánchez Alonso
Universidad San Pablo-Ceu (Madrid)